

Opinión y participación

Desmontando la universidad

José Albelda

PROFESOR DE LA UPV



► Como era de esperar, el gobierno está prolongando hasta el final de la legislatura su particular cruzada contra la universidad pública. El llamado decreto 3+2, que supone la reducción del grado en un año y la ampliación del posgrado a dos, es un decisivo paso adelante hacia una universidad exclusiva y clasista, reservada para aquellos que puedan pagar unas tasas siempre crecientes en un país sumido en una gran crisis económica. Lo decía muy bien en estas mismas páginas **Vicent J. Martínez**, en su artículo *Alquimistas universitarios*: se trata de volver al modelo de la licenciatura —un primer ciclo de formación básica y un segundo de especialización— pero en lugar de mantener el mismo precio asequible en todos los cursos, se duplica el precio de las tasas en los másteres de posgrado.

Con lo cual, el argumento del ministerio, que la reforma permitirá un ahorro a los ciudadanos al pasar de 4 a 3 años la duración de los grados es simplemente un engaño, pues con 3 años de estudios de grado no se puede tener acceso al mercado de trabajo, ni tampoco una buena formación en la carrera elegida. Por lo tanto, o bien estamos por ahorrar de verdad y simplemente no se cursan estudios universitarios o, si se estudia, necesariamente habrá que hacer un máster —el equivalente al segundo ciclo de las antiguas licenciaturas— que nos permitirá completar nuestra formación y tener acceso al exiguo mercado de trabajo de este país, o emigrar con más posibilidades de éxito.

En la práctica, lo que realmente pretende el PP es seguir desmontando la universidad pública y su tradicional vocación inclusiva, su defensa al derecho democrático al conocimiento, que fue uno de los mejores frutos de la transición de los años 70 de siglo pasado. Convirtiéndola a golpe de reforma neoliberal en una universidad cada vez más selectiva y excluyente, a la vez que mermada de buenos profesionales, pues según disminuya más todavía la matriculación de todos los hijos de familias empobrecidas que ya no van a poder estudiar, automáticamente sobrarán muchos profesores, todos aquellos que impartían en 4º año de grado generalista y que no van a poder incorporarse a los másteres de escasa matriculación, a doble precio el crédito. De esta manera se cumplen dos objetivos claves para el PP: debilitar la universidad pública que mayoritariamente no está bajo su control y, por ende, fortalecer a las universidades privadas, con las que la pública ya no podrá competir con el argumento de ser económicamente más asequible. Según datos del Observatorio del Sistema Universitario recogidos en un documento de la UAM, ya han sido expulsados unos 45.000 estudiantes de la universidad por el encarecimiento de las tasas y la reducción de becas.

Se trata de una reforma por decreto, como era de esperar, sin debate previo con la CRUE y la extensa comunidad universitaria, que son los que saben de educación superior. Si de lo que se trataba era de converger formalmente con los demás países europeos, el modelo 3+2 se podría haber aplicado desde el principio en el Plan Bolonia. Y si se trata de confluir ahora con Europa en lo sustancial de la formación universitaria, buscando su mejora, entonces hay que aumentar los pre-

La caja negra

POR MORTINER



supuestos de educación en lugar de recortarlos, y fijar un precio de tasas y una política de becas acorde con la empobrecida economía de las familias de nuestro país, justo lo opuesto a lo que el PP está haciendo.

Este insistente ataque a la universidad pública nos obliga, de nuevo, a revisar desde la óptica política qué modelo de Estado queremos, uno que garantice el valor social de la educación y que promueva su accesibilidad democrática o uno que, por el contrario, la restrinja a una élite. Evidentemente, las universidades públicas deben oponerse dentro de sus competencias a la implantación de esta reforma, a la espera de que los vientos políticos cambien en este año de elecciones. Porque recordemos que no todos los votantes del PP son precisamente ricos, y que también quieren que sus hijos tengan derecho a estudios superiores.

Avances biomédicos

Pedro López

BIÓLOGO. GRUPO DE ESTUDIOS DE ACTUALIDAD



► Recientemente se ha descubierto un nuevo tipo de células pluripotentes, de tejidos adultos (no confundir con embrionarias, que no han dado fruto alguno, ni se espera), similares a la iPS, y que se las conoce como células F (de «fuzzy», término inglés que significa difuso). Crecen mucho más rápido que las iPS y prácticamente son funcionalmente asimilables. Pueden transformarse en cualquier clase de las más de 200 que componen el cuerpo humano. Hay en estos momentos ensayos clínicos prometedores, que son una esperanza terapéutica para enfermedades de tipo degenerativo hasta el momento incurables: por ejemplo, ceguera por degeneración macular asociada a la edad, lesiones de médula espinal, atrofia muscular, enfermedades cardíacas, y un largo etcétera. Los próximos años se presentan bastante alentadores en este sentido.

Otro amplio frente terapéutico lo conforma la inmunoterapia, una vía en la que se lleva investigando varios decenios, pero que ahora comienza a arrojar expectativas halagüeñas: ya se habla de la edad dorada de la inmunoterapia. La idea es sencilla. El organismo humano está preparado, de modo habitual, para rechazar y suprimir las células que se descontrolan en su crecimiento y que pueden producir tumores. Sin embargo, por un fallo del propio sistema inmune, en ocasiones esto no sucede y se

desarrolla entonces un cáncer. Pero si conseguimos activar a las células cancerosas para que se muestren como *indeseables* ante el sistema inmunitario, éste reacciona y las elimina, de igual modo que ocurre cuando nuestro organismo detecta células infectadas con virus y las destruye. Esto se obtiene activando las células malignas, de modo que se hagan *visibles*, con anticuerpos monoclonales inmunomoduladores, que logran desencadenar la inmunidad frente al cáncer de que se trate. Por ejemplo, se está ensayando, con buenos resultados, en melanoma (un tipo de cáncer originado a partir de las células que pigmentan la piel).

Y todo esto no es más que el principio. ¿Quiere decir que vamos a vivir más años de los previsible? Quizá no, pero sí se puede aventurar que lleguen más personas a edades avanzadas y en mejores condiciones. Pero no conviene olvidar, en este tiempo de recortes, que esto no se alcanza si no hay una política de mayor inversión, tanto pública como privada, con una adecuada cultura del mecenazgo.

Sobre «frikis» y «saltimbanquis»

Abel Ros

SOCIÓLOGO



► Si yo fuera **Pedro Sánchez** estaría preocupado. Lo estaría, como les digo, porque por primera vez en la historia de nuestra democracia, su partido —el PSOE— ya no es el segundo de la parrilla. Como ustedes saben, el último barómetro del CIS sitúa a Podemos como la segunda fuerza política en intención de voto, por detrás del *Pepé*. En el supuesto de que hoy se celebraran elecciones, el partido socialista descendería un peldaño en el pódium acostumbrado y obtendría la medalla de bronce; la misma medalla que ha colgado del cuello de Izquierda Unida desde los tiempos felipistas. El *Pepé*, por su parte, ganaría las elecciones pero perdería el cetro de la mayoría absoluta; lo que supondría que no gobernaría holgadamente como lo viene haciendo hasta ahora.

Ante este escenario postelectoral, **Rajoy** tendría dos alternativas: gobernar en minoría y establecer pactos puntuales con los rojos del hemicycle o, configurar un Gobierno de coalición, o dicho de otro modo, un pacto *antinatura* (PP-PSOE o PP-Podemos) para evitar futuras mociones de censura. Si **Pablo**

Iglesias cumple con su palabra —la de no pactar con el *Pesoe* y, muchísimo menos, con el *Pepé*— el panorama que se vislumbra, el día después de la cita electoral, es un hemicycle a tres bandas, gobernado por la lista más votada, o sea por Mariano Rajoy. Algo que indignaría a una mayoría sociológicamente de izquierdas y desgastaría a la derecha por la dificultad para sacar adelante sus presupuestos ideológicos.

A once meses vista para los próximos comicios, Pablo Iglesias todavía puede desahuciar a don Mariano de La Moncloa. No olvidemos que con respecto al anterior barómetro del CIS, los «frikis» de **Arriola** (Podemos) han conseguido que muchos «saltimbanquis de Ferraz» —término utilizado por *La Razón*— se vistan de morado. Tanto es así, que el último sondeo de Metroscopia para *El País* (08/02/15) declara a Podemos como ganador de las elecciones, seguido por el *Pepé* y el *Pesoe*. Así las cosas, aunque **Monedero** no haya sido, supuestamente, trigo limpio en sus obligaciones con Hacienda y Errejón no haya cumplido —presuntamente— su contrato con la Universidad de Málaga, lo cierto y verdad es que tales piedras en el camino no frenan el desalineamiento electoral que se avecina para los próximos comicios. Un desalineamiento del voto tradicional provocado por el descontento civil con la gestión de la democracia, la pérdida de soberanía y el desmantelamiento de los derechos sociales.

Ser de Podemos —en palabras de Jacinto, un vecino de mi pueblo— significa «ir contra todo aquello que huele a chamusquina en la cocina de los partidos». Es, precisamente, el hartazgo civil contra la *casta*, el que explica por qué unos jóvenes, recién salidos del horno, han conseguido despertar una nueva mayoría. Una nueva mayoría, como les digo, de votantes creyentes en partidos que les devuelvan la ilusión por la política. Partidos con capacidad para la consecución del poder, aunque después tengan serias dificultades para gestionarlo. Si yo fuera Sánchez armaría todo mi arsenal político contra los puntos débiles de Podemos. Puntos flacos —como la falta de experiencia en tareas de gobierno o la dificultad para sacar adelante sus promesas populistas en Europa— que serían fortalecidos con medidas realistas para una España, que lo único que necesita es una opción política alejada del extremismo neoliberal y de las fantasías de Podemos.

Solamente así, mediante una opción socialdemócrata que defendiera la sostenibilidad económica, reduciríamos la desigualdad social y evitaríamos el desplome de los mercados. Si esa opción existiera, probablemente los «frikis» de Arriola no se comerían la merienda de los rojos tradicionales y, los «saltimbanquis de Ferraz» no se vestirían de morado.